

Así, no: A propósito de una intervención en Santa María la Real de Nájera

José Gabriel Moya Valgañón

Museo Nacional de Artes Decorativas de Madrid

Santa María la Real de Nájera se funda en 1052 por García Sánchez, primogénito de Sancho el Mayor. Independientemente de piadosas leyendas, el rey trata de establecer un poderoso centro espiritual y administrativo que sirva de base y afianzamiento al expansionismo pamplonés frente al castellano en los territorios en litigio de la Rioja Alta, Bureba, Castilla la Vieja y Alava que serían gobernados en lo eclesiástico desde aquí. A la vez, sería el lugar de prestigio para entierro de los monarcas de Pamplona-Nájera¹.

Al apoderarse de la Rioja, Alfonso VI contrarrestará tales planes hasta cierto punto, desvinculando de la mitra, entregándolo a la reforma benedictina cluniacense en 1079, como había hecho con otras fundaciones de parecido origen, en base a consolidar su autoridad en la zona oriental de sus reinos.

El priorato, a pesar de su continuo enfrentamiento al obispado, verá tiempos de pujanza económica a lo largo de los siglos XII y XIII, con apoyo de los monarcas castellanos y de los López de Haro, señores de la tierra por ellos. Al final de la Edad Media, en el siglo XIV, hay una fuerte relajación y también baja económica, según anotan los visitantes, estando el monasterio en encomendación. La iglesia está caída en 1392 y se reconstruye a lo largo del siglo XV. En 1432 ya estaba en obra. En 1442 y 1445 el papa Eugenio IV concede jubileos para las obras.

En 1459 estaban muy avanzadas, figurando en las claves de varias bóvedas el escudo del prior de entonces, don Gonzalo de Cabredo. En 1460 sabemos que la iglesia era

totalmente nueva, aunque no estaba terminada. Muy a fines del siglo XV y comienzos del siglo XVI se abovedarían los tramos de los pies. La capilla de San Antón, entierro de los frailes, la hizo construir el abad Pablo Martínez de Uruñuela (1486-1505). En 1516 la iglesia estaba terminada, se realizaban obras de cierre hacia la ciudad y estaba caída la capilla de los Reyes. Entre tanto, a partir de 1486, la separación de Cluny es un hecho, quedando como abadía e integrándose a comienzos del siglo XVI en la Congregación de Valladolid.

Y será a partir de entonces cuando se realice la mayor parte de las dependencias monásticas. 1513 contrataba el abad Diego de Villapanillo el refectorio con Juan Pérez de Eudarza. Acaso hasta 1535 no se acaban los claustros bajos, que estaban en obra en 1529 y que en 1516 se habían iniciado ya probablemente. En 1535 inician Juan de Acha y Juan Martínez de Amutio el coro alto. En 1546 ya se trabaja en el panteón real, cuya ordenación se dice hecha en tiempos de fray Rodrigo Gadea (1556-1559). En 1579 Matías de Castañeda hace proyecto para realizar la capilla de los Reyes, claustro alto, capítulo, librería, dormitorios, escaleras, etc., adjudicándose la obra a Juan de Elgorriaga, asociado enseguida a Francisco de Odriozola, bajo cuya dirección (1584-1620) se realiza todo eso con la capilla sepulcral de las peñas, las portadas, cámara abacial, nueva escalera principal (fecha en 1594), claustro alto, estribos del bajo, portería, torre, librería, y mayordomía. En 1644 se contrataba con Juan de Garizabal y Juan de la Huerta la portada sur de la iglesia (fecha en 1645) y en 1652

¹ Datos diversos sobre la historia del monasterio y, sobre todo, acerca de su construcción, pueden verse en ROBERT, U.: *Etat des monasteres espagnols de l'ordre de Cluny aux XIII-XV siecles...* BRAH, XX, 1982, pp. 321-431 (pp. 363, 370, 372, 384, 386, 387, 393, 407, 415 y 428 fundamentalmente); GARRAN, J.: *Santa María la Real de Najera*, Soria, 1909; RUIZ DE GALARRETA, J. M.: *Santa María de Nájera, Guía Artística*, 3.ª Ed., Logroño, 1952; RODRÍGUEZ DE LAMA, I.: *Colección Diplomática Riojana* Logroño, 1979, pp. 378-379; MOYA VALGAÑÓN, J. G.: *Arquitectura religiosa del siglo XVI en la Rioja Alta*, I, Logroño, 1980, pp. 22-23; MOYA VALGAÑÓN, J. G.: *Inventario Artístico de Logroño y su provincia. La Rioja*, III, Madrid, 1985, pp. 50-51.

hacían el pórtico Sebastián de Jado y Juan de la Vega. La sacristía se hace entre 1674 y 1677 por Juan de Insausti. La cámara abacial se rehace hacia 1695-1700.

Cómo es lógico, tan extensa y dilatada cronología se refleja estilísticamente en el conjunto, independientemente de reparaciones habidas a lo largo del tiempo, como también se refleja la historia azarosa del convento en la segunda mitad del siglo XV, con doble prior, seguidor o no de Cluny².

La iglesia, es en conjunto, edificio gótico tardío. Es de tres naves de cinco tramos, más ancha y alta la central, crucero acusado en planta y alzado y triple cabecera rectangular, más bajas las laterales y de poca menor salida que la central. Los apoyos son pilares cruciformes con columnas adosadas en la embocadura del ábside, pilares fasciculados de núcleo romboidal con dieciseis fustes adosados en crucero y primer tramo, pilas redondas con cuatro molduras hacia formeros y perpiaños en el resto, lo demás con basamentos de diversos tipos y capiteles vegetales y alguna nota humana hacia el crucero y casi lisos hacia los pies, mientras hacia los muros perimetrados hay ménsulas en casi todo, contrarrestadas al exterior por recios estribos en cabecera y crucero, cilíndricos hacia el exterior y prismáticos al interior, y en el resto por otros primáticos más sencillos escalonados. Las bóvedas son de crucería sobre arcos apuntados mulduras, simples en las naves laterales, octopartitas en la mayor y testeros de aquéllas, de terceletes en cabecera mayor, brazo de crucero y último tramo de la nave de la epístola. El último tramo de la nave central lleva crucería estrellada de combados rectos. La iluminación es desde la nave central, sobre las laterales, con pequeñas ventanas apuntadas, y otras más grandes en los paños del testero.

La cabecera, crucero y primer tramo presentan una galería como triforio, muy angosta, abierta al interior por arcos apuntados de dos en dos o tres en tres y cubierto con losas adinteladas. En testero mayor y brazos de crucero hay poco por debajo, tribunas voladas con antepechos de claraboya. A los pies de la nave central coro alto sobre los dos últimos tramos. A todo ello se accede por tres husillos, a los pies y a ambos lados del crucero que permiten, por el triforio, acceder a los torreones estribos intercomunicados por portillos adintelados y cornisas para colocar superestructuras de cadalsos corridas al exterior.

Al lado sur se abre la capilla de la Cruz, de dos tramos de la altura de la nave de la epístola cubiertos con crucería simple.

La lectura del edificio nos sugiere diversas ideas. La planta de su cabecera, arcaísmo que recuerda ciertos testeros prerrománicos, pudiera significar adaptación al solar del anterior edificio. El aspecto exterior de fortaleza, relacionable como el estrecho triforio con ejemplos

de la arquitectura tardomedieval vasca como Santiago o San Antón de Bilbao y varias más, tanto puede ir orientado a la defensa contra la ciudad o a problemas internos por el dominio monástico entre priores o abades y prior claustral obediente a Cluny. En relación con esto se hallará el relieve exterior de escudo papal entre ángeles tenantes que puede aludir a los beneficios de Eugenio IV o a la protección dispensada al primer abad independiente, don Pablo Martínez de Uruñuela. Las tribunas en brazos y testero obedecerán acaso a remodelaciones hechas hacia 1500, cuando de hecho, ya no de derecho, la capilla mayor se transformó en panteón de los Manrique, señores de la ciudad, y estos pretendieron arrogarse el patronato.

El último tramo en bajo es recinto sepulcral de los reyes fundadores, incorporado tardíamente a las naves, mientras la capilla de la Cruz es el testimonio de como se fundó para capilla real toda la iglesia y allí se mantuvo un culto independiente de la iglesia mayor en memoria de los fundadores.

Por lo demás, la variedad de apoyos y bóvedas, los no muy acertados enjarjes de muchas de ellas, los distintos diseños de encapitelado y embasamente pregona a las claras la larga duración de las obras siguiendo diferentes trazas, con mastros más o menos diestros, como diferentes debieron ser los tallistas de la escasa decoración monumental, en que contrasta la finura del tardointernacional del escudo aludido o del abad orante de una ménsula del crucero, con los de otras ménsulas animadas en el mismo crucero o los capiteles de los pilares torales.

Por otro lado, basado en la inseguridad social y económica de la época, ya dicha, su aspecto masivo al exterior como de fortaleza, contrasta con la relativa esbeltez del interior.

Buena parte de los muros perimetrales de claustro y refectorio responden estilísticamente a alrededores del 1500, con portadas y vanos en conopio o rebajados decorados con bolas o con flora y fabulario en roscas y jambas de fluído e interpenetración molduraje, como conviene a la inestabilidad del último gótico y primer renacimiento. Así la de Carlos V, la de los Reyes, las de acceso en alto y bajo a los pies de la iglesia. Pero el claustro bajo es esencialmente renacentista, aunque conserve la misma disposición de otros del fin del gótico (San Juan de los Reyes, Oña, o los más modestos de Fresdelval, El Parral, Palacio de Logroño), disposición que hará furor en el siglo XVI (Catedral de Segovia, San Millán de la Cogolla, Santiago de Bilbao, Casalarreina, San Marcos de León, San Esteban de Salamanca) como destinado a procesiones y culto fúnebre. Los lados largos (claustro de los mártires, Este, y de los confesores, Oeste) son de nueve tramos y los cortos (de las vírgenes, norte y de

² Sobre la arquitectura, aparte la bibliografía citada arriba, puede verse lo que dice V. LAMPÉREZ Y ROMEA: *Historia de la arquitectura cristiana española en la Edad Media*, 2.ª edición, Madrid, 1930, T. III, pp. 435-438. Inédito queda el único trabajo que se ha ocupado de las zonas más o menos clasicistas (PECIÑA RRUÍZ, C.: *La arquitectura clasicista y su difusión en la Rioja Alta*, Memoria de Licenciatura, Madrid, 1985.

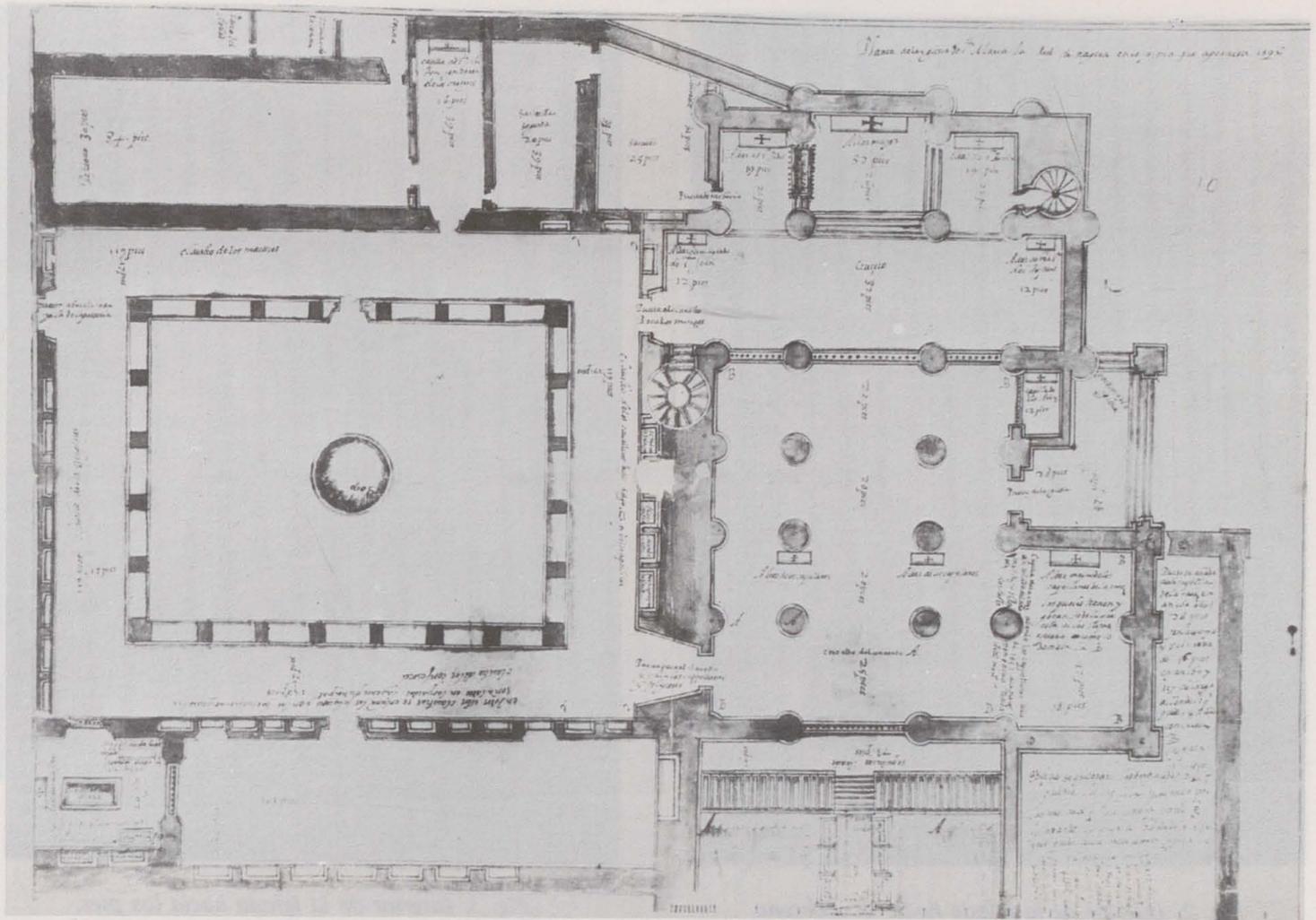


Fig. 1. Francisco de Odriozola. Planta de Santa María la Real de Nájera en 1596 (A. H. N., Planos, n.º 199).

los Caballeros o Apóstoles, sur) son de siete. Se cubren con crucerías de terceletes sobre arcos apuntados apeando en ménsulas a los muros perimetrales y pilastras hacia el patio haciéndose estrelladas en varios tramos. Hacia éste los arcos se cierran con tracería de claraboyas y en las pilastras se disponen hornacinas sobre ménsulas y bajo doseletes para imaginería. Hacia los muros perimetrales queda ordenado con arcosolios para sepulturas. Todos los elementos decorativos son a la *antigua del romano*, resaltando sobre todo los grutescos de las tracerías de claraboya, que también cerraron otrora el ingreso a la capilla de la Vera cruz, situada hacia el ángulo noroeste, desde el claustro y desde la nave cementerial que corre paralela entre él y las peñas al oeste, llamada antaño cuarto de las peñas.

En cambio los elementos de esta nave, como los que se ven en el claustro alto, responden al clasicismo o romanismo tardomanierista, como obra que dijimos ser de a partir de 1580. Lleva arcos de medio punto, recuadrados como sus jambas, e impuestas de placa entre pilastras jónicas sobre pedestales con decoración geométrica, como los antepechos o el entablamento de tipo artesonado o encadenado. Este mismo sentido tardomanierista informa las fachadas exteriores de refectorio y an-

tigua portería. Aquel de haz externo de sillería e interno de mampostería, reaprovechando portadillas de comienzos del siglo XVI como es su planta baja, mientras la segunda presenta vanos de medio punto abocinado con encadenados y las dos superiores huecos de placa y oreja. Esta con dos hermosas portadas combinando arco y dintel de varios cuerpos y rematando con frontispicios no muy lejanos de los de las portaditas del claustro alto, ni de la gran escalera principal, de tipo claustral, de varios tramos por lado, con geometrías en los antepechos y bajo una cúpula casetonada. Entre ambos sobresale el cuerpo de edificio, actual convento, antes hospedería, o cámara nueva de cuatro plantas frente a las tres de los otros, marcadas por cornisas de placa como de placa son los marcos de oreja de sus vanos adintelados, como diseño de entrada en el siglo XVII. En todo ese conjunto es apreciable la utilización, sobre todo hacia los coronamientos de los muros, del ladrillo, acaso como consecuencia de dificultades para seguir accediendo a las canteras de San Asensio y dada la baja calidad de la arenisca najerina en que está construido mucho de ello.

En resumen un gran edificio mostrando en sus diversas partes claramente los diversos momentos estilísticos de su construcción, desde alrededor de 1430 hasta 1700.

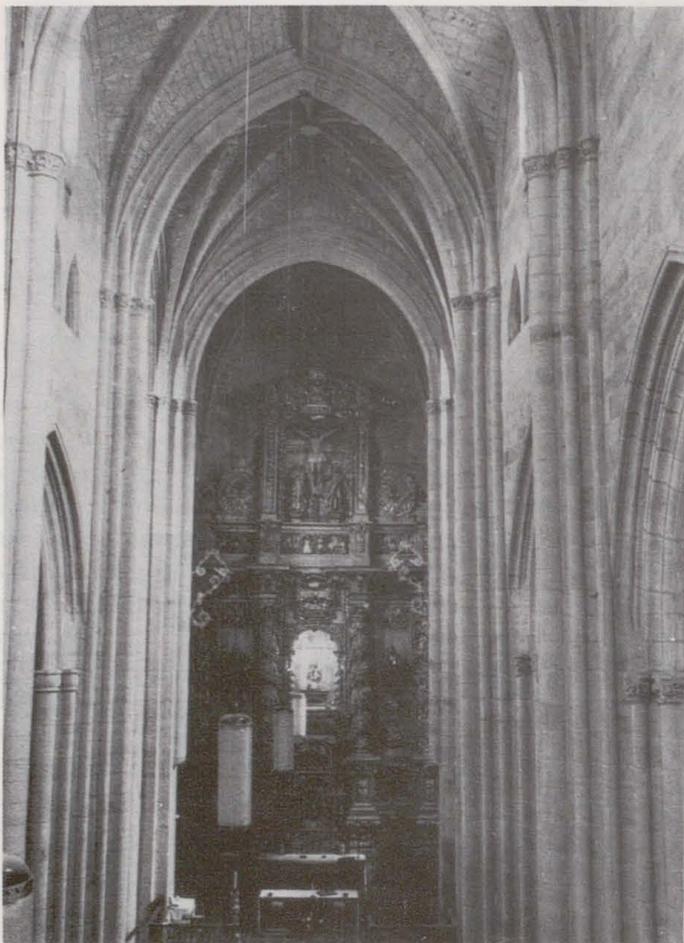


Fig. 2. Interior de la iglesia hacia la cabecera.

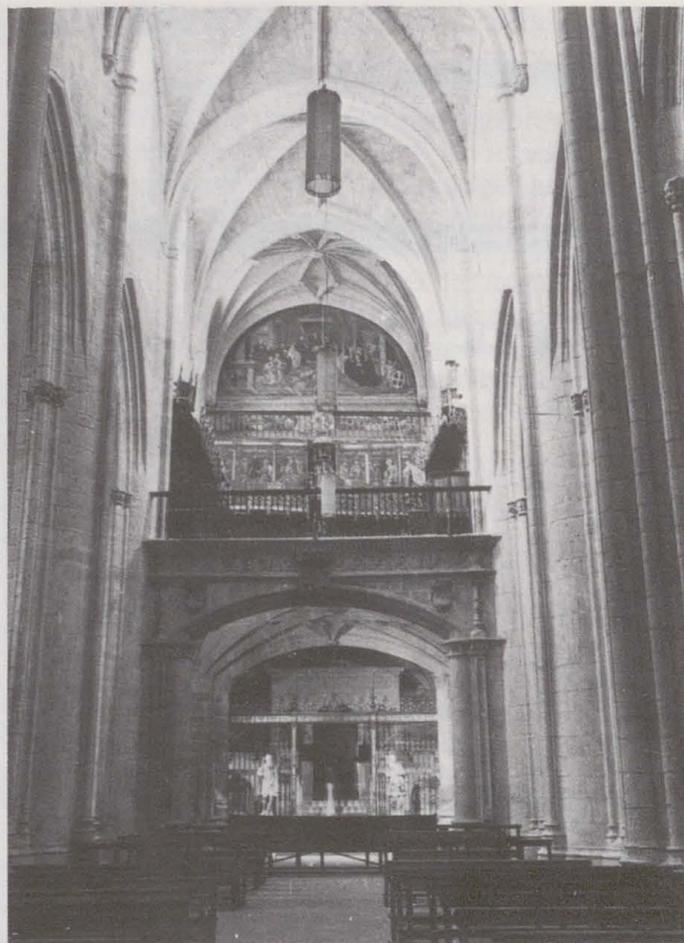


Fig. 3. Interior de la iglesia hacia los pies.

Como lo que motiva este artículo es un comentario a sus últimas obras de restauración, bueno será que digamos algo de su más inmediato pasado.

Tras la exclaustación, y excluido de la venta de bienes nacionales, sirvió la iglesia como parroquia de San Jaime desde 1845 y diversa dependencia monasteriales a fines Municipales como almacenes, sala de baile, teatro, y otros fines, siendo durante la primera guerra carlista depósito de inválidos y durante la segunda acuartelamiento y llevándose a cabo derribos como el de las dependencias sobre el área cementerial pegada a las peñas, que contribuyó al hundimiento de la capilla de la Vera Cruz.

Al entusiasmo de don Constantino Garrán se debe su declaración como monumento en 1889, el situar la comunidad franciscana en él para mejor conservación en 1895 y, en fin, el conseguir que Joaquín Roncal redactase el primer proyecto de restauración estatal en 1903, que se ejecutaría entre 1909 y 1912 bajo la dirección del sobestante Manuel Jiménez Escudero, cuando ya Garrán había dejado la Comisión de Monumentos enfadado por ciertas irregularidades de los frailes que aquella dejó correr. En esta restauración se hizo una reparación general de tejados, se derribó totalmente fachada y bóvedas arruinadas de la capilla de la Cruz, reconstruyéndolas,

se adecentó el Panteón real y la Cueva Santa, en el claustro bajo se reconstruyeron con criterios muy decimonómicos elementos decorativos de antepechos, estribos, columnitas y otras piezas de las tracerías de claraboya, y se reenlosó, mientras en el alto se rehicieron parte de las bóvedas de aristas y se aligeraron las arquerías del cierre de ladrillo de los siglos XVIII y XIX que tenía, sustituyéndolo por cristaleras. Se limpió la capilla de la Vera Cruz y sus tumbas cubiertas por los escombros, reconstruyéndose la arquitectura. Al interior de la iglesia se desmontó el coro bajo dieciochesco situado al centro de la nave mayor, aunque la reja renacentista que lo cerraba acabó viniendo al Museo Arqueológico Nacional.

Intervenciones importantes hubo también en torno a los años cincuenta con proyectos de Lorente Junquera de 1947, 1951 y 1953-1957. Se renovaron totalmente las cubiertas de iglesia y claustro y sobre todo se realizó el saneamiento de la zona colindante a la peña, estribando esta con arquerías y dejando expedita el área cementerial situada entre ella y el claustro. Además se reforzaron estribos y pilares de la iglesia, levantando el enlucido y reparando algunas bóvedas de claustro bajo y alto, a la vez que se dispuso el actual cerramiento de sus arquerías con muros pantalla de ladrillo, dejando en cada uno hueco adintelado abajo y óculo arriba.



Fig. 4. Claustro de los mártires.



Fig. 5. Angulo sureste del claustro.



Fig. 6. Panteón real.

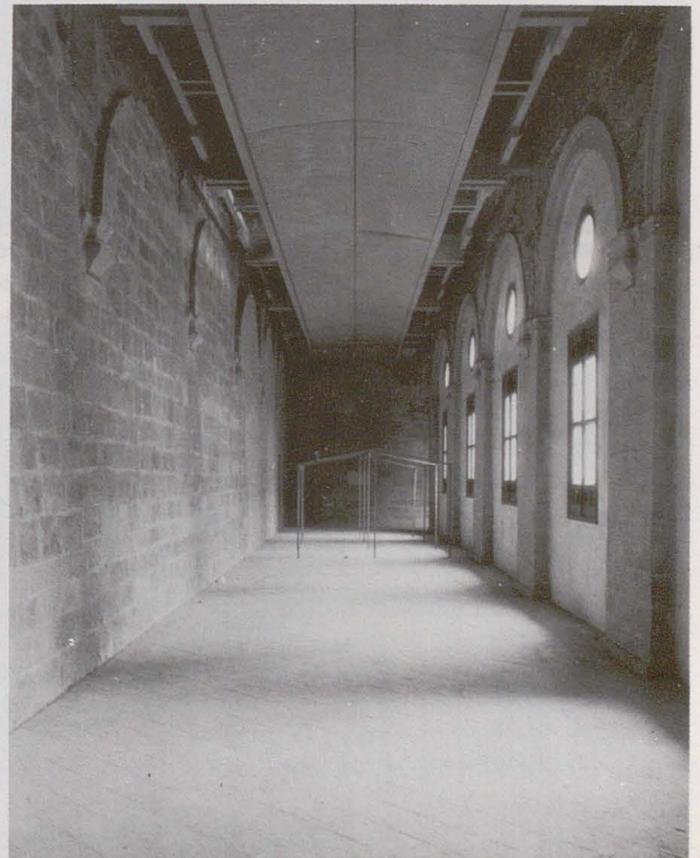


Fig. 7. Claustro alto, ala este.



Fig. 8. Interior de la torre.

Numerosas han sido las obras realizadas posteriormente con proyectos de Lorente y Chueca Goitia en 1959 y 1961 y sólo de éste hasta 1979.

En ellos más bien se atendió a embellecimientos y adecuación de las diversas dependencias monásticas. Así, se reordenó el panteón real, se adecuó para convento de los franciscanos la hospedería, se intervino en el refectorio dejándolo para salón y con pseudofachada a la plaza colindante, que había sido patios y se urbanizó, dándole portadas a ella, una totalmente nueva. Se hizo tejado nuevo con cercas de hormigón para todo el claustro alto, demoliendo lo que quedaba de sus bóvedas, sin rehacerlas, y se hizo lo mayor de la consolidación de fachadas y tejados en la portería, sustituyendo diversas piezas de cantería o madera de aleros por hormigón y armando estos con hierro.

La última intervención, motivada como casi todas las demás, por fallos de tejados y humedades por capilaridad, ha afectado a las plantas superiores del refectorio (acaso refectorio de novicios y dormitorios en tiempos), al ala este del claustro alto y a la torre, tal y como se describen elogiosamente en reciente artículo³.

En verdad que lo primero que se siente al ver todo ello es admiración, sorpresa y perplejidad. Pues, evidentemente, nadie concebiría que en un espacio clasicista, nos encontraríamos con una serie de elementos a base de hormigón y hierro de diseño actualísimo, aunque se adviene tras él fuentes de inspiración la *bauhaus* y el *art déco*, hoy tan de moda.

Sobre la antesacristía, capilla de San Antón y refectorio, al que en las restauraciones de Chueca Goitia se dotó de cañon con lunetos bajo el suelo holladero a la vez que de la seudofachada exterior aludida, se ha dispuesto un espacio único eliminando las referencias de su compartimentación anterior, aunque hay que reconocer que no los testimonios arqueológicos de ella, ni siquiera de los diversos materiales utilizados en su primitiva construcción y alguno de refacción moderna. A continuación se ha compartimentado en dos plantas mediante dos *bandejas de losa de hormigón armado a una altura semejante a la del forjado (anterior), conectadas entre sí por un puente pasarela. Dos galerías exentas laterales a distinto nivel de la losa central y conectadas a ésta, sirven de circulación y contemplación rápida del material expositivo. Dos escaleras cierran el esquema de itinerarios... La otra bandeja, menos dinámica y exenta que aquélla, albergará áreas de exposición de carácter más permanente. las estructuras de sustentación, ante la imposibilidad de apoyar sobre el suelo son... forjados y pasarelas colgadas —con pilares de acero de sección mínima— a jácenas mixtas de hormigón armado y acero laminado y curvado que son los únicos apoyos cuya carga se distribuye sobre los muros existentes. Es importante reseñar que este espacio no se considera finalizado en su diseño... Paneles estucados, balaustradas metálicas y suelos de hormigón prefabricado y piezas de piedra blanca y negra, constituyen elementos definitivos de este espacio (además de un graderio) para pequeñas proyecciones visuales. De todas maneras habría de indicarse como la sala baja aparece compartimentada por piezas como óculos a nivel de la pasarela izquierda, y no de la derecha, a la que corresponden el el muro elementos de estuco a juego con aquellos.*

El claustro alto, que en origen llevó bóvedas de aristas mas cúpulas sobre pechinas a los cuatro ángulos, había quedado en las anteriores intervenciones con las estructuras de atajos, bovedillas y jácenas aludidas vistas para colgar de ello bóvedas nuevas de escayola. El Sr. Belloso junto con el Sr. Balluffi han considerado que esta restitución no era la más adecuada (cuando se redactó el proyecto estaba vigente la anticuada Ley del 33 y su artículo 19 desaparecido en la, al parecer más progresista del 85) y decidieron montar como cubierta *un mecanismo de hormigón, que suspendido y colgado, no toca sus bordes... y que es en esencia chapas planas cuadradas en los ángulos y otras levemente rebajadas en las pandas. Con ello quizá se trataba de mantener la alternancia original. Gracias a Dios, esto sólo se ha llevado a cabo en el ala norte.*

³ ON, n.º 87, 1987, pp. 39-49.



Fig. 9. Interior de la torre.



Fig. 10. Salón desde el norte.



Fig. 11. Salón desde el sur, planta baja.

En la torre se ha hecho una nueva escalera rellenando los dos cuerpos superiores con una escalera de tramos rectos y otra helicoidal arriba, ocupando el cuerpo de campanas, más una especie de conjuradero, todo ello en hierro y hormigón así mismo, en lugar de la tradicional madera.

Hay que decir, ante todo, por lo que respecta a esta última obra, que, a excepción de invadir con el presunto conjuradero uno de los huecos e impedir por tanto en él la colocación de la campana correspondiente, la obra respeta los muros antiguos, cuya estructura puede apreciarse perfectamente. Lo que no sabemos es lo que aguantará tan precioso diseño cargando sobre la cruzería de la cabecera del evangelio, a pesar del empeño de los arquitectos en colgarla.

Por otro lado, suponemos, que gracias a la frecuente necesidad de auyentar los pedriscos de la vega najerina, tal escalera y caracol serán mantenidos adecuadamente en su pintura y conservación por los frailes. Al fin y al cabo, cuando hacia 1610 traza la torre Francisco de Odriozola, hubiera gustado de disponer estos nuevos materiales para el acceso.

A todo esto, hace ya diez años que la Asociación de Amigos del Najerilla viene desescombrando y adecentando la antigua abadía y botica del monasterio, edificio situado enfrente, al otro lado del camino de Santiago, que estuvo enlazado por un puentecillo con el resto del monasterio. El fin que pretendía la Asociación, luego apoyada por el Ayuntamiento que lo hizo suyo, era crear un museo comarcal y local, varias veces inaugurado y recipiendario de alguna ayuda del Ministerio de Cultura, que, aunque con pequeñas dificultades, puede visitarse y que posee una capacidad muy superior a los pisos altos del refectorio.

Por otro lado ha de decirse, que aunque no en la abundancia de otras ocasiones, los tejados del monasterio siguen presentando una agradable floresta y que tanto iglesia como claustro y demás dependencias a nivel de planta baja siguen padeciendo el pintoresquismo decimonónico de la disgregación pulverulenta e incluso el estallido y caída de trozos en sus diversas piezas molduradas o no.

Es entonces cuando uno, enrabiado, se dice ¿a qué las restauraciones?

Porque la arquitectura que hemos visto, y así se dice arriba, es de buen diseño y buena ejecución. Pero adecuar los espacios aludidos, aún cuando hubiera sido con simples cielos rasos, sería más barato y más útil a la conservación del edificio en si mismo. Por otro lado, es evidente que la conservación del edificio presupone darle un uso en nuestros tiempos y de ahí que se haya pensado en algo como salas de museo. Pero el Museo existía ya en otro, tan noble como éste o más, según hemos dicho, y parte del monasterio en su día también.

Es difícil imaginar que se pueda hacer con salón tan grande como el existente, máxime teniendo vacía su planta baja que acoge a alguna eventual reunión, banquete o ceremonia. Pero con conservar su cubierta adecuadamente para tiempos mejores creemos hubiera sido suficiente. Alguien más avisado o de mayor imaginación hubiera podido darle un destino, de sala de conferencias, centro de estudios najerinos, sala de baile o conciertos,

etc., etc. Pero duplicar edificios museológicos en un Najera de entrada parece exagerado.

Cuanto a la torre, a la vez que se hacía cosa tan linda como en la escalera, se podía haber previsto algo con el reloj mecánico forjado de tres trenes, firmado en Najera por Juan de Oñate en 1897 que, aunque de no primer interés, no parece ser de difícil puesta en marcha y acabará perdiéndose.

Esperemos que no se lleven a cabo el pseudo-abovedado de las otras tres alas del claustro ni tampoco se haga nada sobre el área cementerial del cuarto de las peñas, a no ser que se limite a una simple cubierta protectora.

Es interesante la preocupación de dar uso a un edificio a restaurar, pero tal uso debe ir siempre condicionado al fin primordial de conservación que se pretende. Y la conservación no debe ir en ningún caso más allá de impedir drásticamente la degradación y acaso aunarlo con un aspecto discreto. En tanto en cuanto ambos aspectos se conjugan es perfectamente permisible la actuación y no en otro caso. Cualquier intervención que modifica sensiblemente el aspecto originario de la obra debe ser rechazado a mi juicio.

Y en este caso, si se ha respetado cuidadosamente como decía antes, las diversas formas de aparejo con lo cual es muy factible releer las diversas etapas de construcción y de reparación de lo antiguo, no es menos que la especie de amueblamiento arquitectónico, como se me ocurre llamar a esta obra, ha roto profundamente el concepto espacial tardomanierista que la informaba amen de que, dada la calidad de diseño y ejecución, disturbará siempre al espectador puesto que, como no me cansaré de repetir, es acaso más bello e interesante que lo antiguo.

Ha habido ciertas restauraciones en que, para realzar el valor de ciertos elementos, se han eliminado obras posteriores que los encubrían, sistema que jamás me parecerá correcto, pues con ello se pierden irremisiblemente aspectos de su historia y de su valor cultural. Puesto que la cierta vida del monumento refleja la vida de la humanidad que lo construye y lo utiliza según diversas formas y momentos. Es decir que las adiciones las considero totalmente válidas. Pero no me lo parecen tanto cuando obedecen a un fin puramente esteticista, al menos aparentemente, sino cuando vienen fundadas en las necesidades de uso. Hoy, que tan de moda está la *recuperación* o la *rehabilitación*, palabras que poco tienen que ver con la conservación, pueden alterarse edificios en función de un nuevo uso que les dé algún fin distinto del puro goce del pasado cultural. Pero ello no lo creo legítimo en todos.

La conservación debe atender ante todo a estudiar y remediar las causas de degradación, sean producidas por el hombre y sus subproductos o por agentes totalmente naturales.

Y aquí en Najera había mucho de ello. En los tejados excesiva cantidad de madera de mala calidad y nada seca, que hará en su día necesarias nuevas intervenciones, pienso además que pronto.

En el suelo y costado oeste unas arcillas que retienen el agua y la acumulan precisamente donde más daño pueden causar al monumento, de forma que su mitad oeste

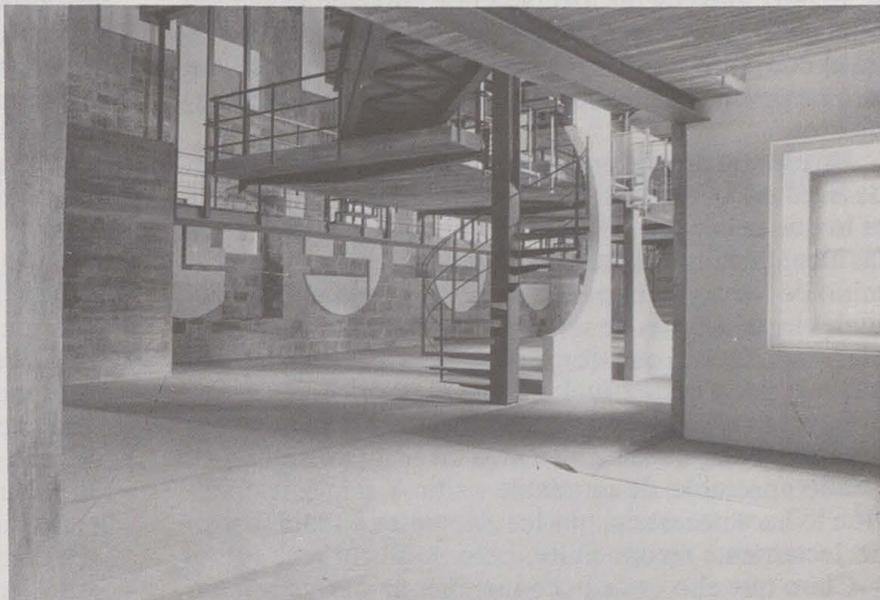


Fig. 12. Salón desde el sur.



Fig. 13. Cubierta de ángulo en el claustro alto.

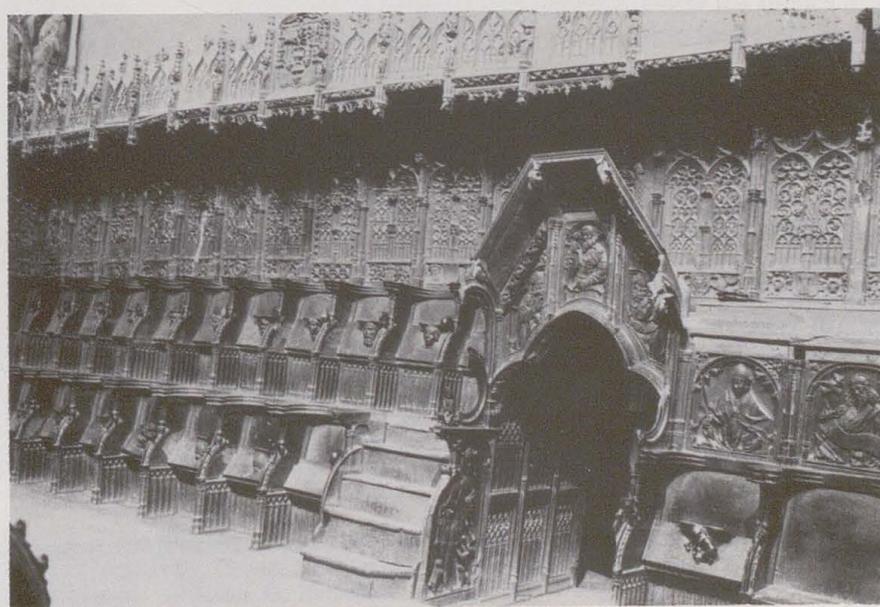


Fig. 14. Sillería del coro alto.

se ve muy gravemente afectada por humedades por capilaridad, ello independientemente del jalón que domina el conjunto y que sirvió de albergue a la población altomedieval, del cual siempre han de desprenderse fragmentos.

Un estudio de tales aguas, que vienen disgregando desde hace años los elementos aglutinantes de la arenisca es lo que se impone. Habrá que buscar sus raíces sea en las alcantarillas que drenaban desde antiguo el viejo camino de Santiago, carretera de Azofra, como en las actuales instalaciones de saneamiento de la ciudad y establecer un sistema que recoja esas venas y las reconduzca hacia el pozo conventual o hacia el exterior.

Pues la regla de oro en toda restauración es que pase desapercibida, que encontremos un edificio, antaño en estado miserable, de agradable visita. Y si la consolidación lo hace necesario, que los elementos añadidos sean perfectamente reconocibles, pero no disturben.

Claro que ello es de poco lucimiento y exige trabajo y estudio, casi siempre ajeno al diseño al que naturalmente ha de tender el arquitecto, hombre de formación artística, y por ello, con tendencia a la obra del autor.

Por ello no es de extrañar que en el trabajo comentado arriba se digan cosas excesivamente pintorescas so-

bre la época y motivaciones de la fundación o de los diversos estilos del claustro, que no existen contrafuertes, que el último tramo de la torre es del siglo XIX o la alusión a las arquerías de la loggia-biblioteca, cuya función se ignora en el cuarto de las peñas. Y sin embargo el plano es el mejor de los levantados hasta la fecha (no conozco el de Roncal) aunque las áreas de contacto entre iglesia y claustro sigan un tantico difusas.

En fin, el trabajo de creación es acaso el más noble de todos, sobre todo tratándose de artistas, pero está totalmente reñido con el de conservación. Entre otras cosas porque el artista, amante de las obras de arte, ama sobre todas las propias.

En cuestiones de restauración monumental lo importante no es el diseño, sino el conocimiento de los materiales, su mecánica, su resistencia, su química, y luego la historia de la arquitectura. Conociendo lo primero, se sabe como funcionan y como impedir su destrucción. Conociendo lo segundo, se podrá leer en ellos, comprenderlos y porqué debemos intentar salvarlos.

En otro caso, sucederá lo que en Santa María la Real de Nájera. Cuantiosas sumas invertidas desde 1961 y los problemas graves que afectan al edificio sin resolver.